

## Un pequeño ensayo sobre la educación en México

Daniel Cosío

El autor.- José Vasconcelos afirma que en México la educación está unida a la política, de tal modo que a cada momento político corresponden aspectos diversos de la educación, métodos educativos distintos, soluciones diferentes a los problemas educativos.

Esta idea me parece un verdadero hallazgo, sin creer, claro, que al afirmar tal cosa se dice sólo que en cada gobierno hay dos o tres profesores favorecidos y otros tantos cesados. La idea del actual Secretario de Educación Pública es más amplia y más profunda, a pesar de que él mismo le quita casi todo su valor cuando habla de métodos carrancistas de educación. Hablar de educación carrancista o de métodos obregonistas me parece irreal, ya que ni este gobierno ni aquél han perdurado lo bastante para marcar en la sociedad mexicana una huella de importancia.

El principio.- En México generalmente se cree que la educación ha ido siempre en retardo en relación al adelanto, mayor o menor, para el caso no importa, que haya habido en otras instituciones del país; que ningún gobierno ha hecho lo bastante por la educación; en fin, que nuestra situación es falsa, ya que la educación, base de la sociedad, no apoya ni refleja todo el resto de nuestra vida social.

Se descubre, por el contrario, que la educación en México sí refleja la vida social mexicana. Por eso de ella habría que decir lo que alguna vez se ha dicho de nuestros gobiernos: México tiene la educación que se merece.

El descubrimiento me parece de interés tanto más cuanto que, hasta hoy, no hay una idea verdaderamente central para el estudio de la historia mexicana. El mejor método para una investigación sociológica es éste: descubrir en el maremagnum de los hechos sociales aquel que sea el más

interesante: porque pueda darnos el mayor número de ideas, porque su desarrollo sea más regular y constante; porque, en fin, provenga del fondo mismo de la sociedad. En seguida que se ha descubierto la idea central, lo demás es sencillo y sólo requiere para el buen éxito la imparcialidad en la comprobación: descubrir los aspectos particulares que reviste esa idea central en el camino de su desarrollo. Resultaría, pues, que esta idea: la educación refleja la vida política, podría ser la idea central para el estudio de la historia mexicana, de tal modo que habría: 1º. que comprobar si el principio es verdadero. 2º. Que estudiar sus aspectos concretos a través del tiempo, es decir, históricamente.

Comprobación del principio.- La escuela, como cualquier fenómeno social, refleja, naturalmente, algo de la sociedad toda. Sin embargo no de un modo tan claro como en México. En España, por ejemplo, la educación, puede afirmarse, es buena; puede afirmarse al mismo tiempo que hay grandes vicios políticos y económicos en ese país. En Francia un acontecimiento social de tanta importancia como la guerra pasada no ha tenido casi ninguna repercusión en la escuela: una pequeña disputa en la Asamblea Nacional sobre si deben enseñarse dos o tres años de latín. Y es que en España, en Francia, en los Estados Unidos, la educación es obra dirigida por unos cuantos: el ministro, los consejeros universitarios, el jefe de departamento. No sólo es un grupo reducido de personas, sino que a más de eso, el hecho mismo de que sean profesores, los aísla de la vida nacional: entre ésta y el profesor se interpone una reglamentación complicadísima.

En México, por el contrario, no hay reglamentación y la poca que existe se viola. Como no hay ningún requisito para ser profesor, o director de escuela, o rector de la universidad; como las academias de profesores y los consejos universitarios no tienen funciones claramente señaladas; como, en suma, no hay nada que le impida al que pasa por la calle entrar

y gobernar una escuela, resulta que, en realidad, todos los mexicanos, un poco, han hecho la educación del país. Las escuelas mexicanas ocupan la misma situación que las casas, que los edificios particulares; aún más libre es su situación: delante de la casa particular hay por lo menos el tabou de la propiedad; delante de la escuela, como todas son de la nación, no hay nada. En resumen, las escuelas de México, no como metáfora, sino como la realidad más absoluta, tienen sus puertas y sus ventanas abiertas de par en par. ¿Tiene algo de extraño que el aire nacional entre por ellas y que las escuelas lo respiren a pulmón lleno?

La vida social es siempre agitada, sobre todo en México, país en el cual la agitación política es condición indispensable de la vida misma. Si la vida en México fuera regular y tranquila, si no fuera como es: un verdadero oceano lleno de tempestades, cada mexicano se sentiría defraudado en sus ideas y en sus intereses, y seríamos viejos prematuramente; seríamos burgueses sin ser ricos. Para salvar una institución de las agitaciones sociales no hay más remedio que rodearla de la muralla de la reglamentación, y hacer ésta lo más complicada posible, si se quiere amortiguar el eco y los clamores de la vida política. Se necesita ni más ni menos el mismo procedimiento que usa una persona cuyos ojos no están en relación directa con la luz: interponer entre ésta y aquellos unas gafas negras.

La justificación del principio.- Si estuviéramos en la época de la Revolución, cuando Le Peletier hacía su programa educativo declarando al niño propiedad del Estado, invocaríamos una sola palabra, escrita, naturalmente, con mayúscula: la Libertad, para justificar esa situación que a mí me parece muy aceptable. Tal vez sin ir demasiado lejos, en la Reforma nuestra, hubiera bastado ese procedimiento. Hoy hay que hacer algo más.

Si la educación mexicana fuera el resultado de las disputas, en petit comité, de cuestiones simplemente pedagógicas, meramente técnicas, se ganaría algo: existiría cierta tradición, índice tal vez seguro para los trabajos futuros. Habría, además, una posibilidad mejor para que el maestro se dedicara sólo a ser maestro, sin temor ya a un cambio que lo dejaría sin qué vivir. Pero la regularidad, verdadera esencia de la burguesía, trae - ría como resultado la formación de una casta y una casta es siempre odiosa. Las cosas en países como México no pueden ser estables ni definitivas, porque se corre peligro de que un grupo de malvados se apodere de ellas, y entonces, buscando la independencia, la mejoría, caeríamos en la desgracia definitiva.

En el grupo universitario, por ejemplo, se puede observar algo que es general en todo el país: sólo unos cuantos tienen verdadera capacidad para el trabajo; capacidad no tanto intelectual como moral, es decir, un gran entusiasmo para hacer obras en cuya realización los intereses económicos no son un aliciente, sino que, por el contrario, hay sacrificio.

Si en este momento se cerraran las puertas de la Universidad, quedarían dentro de ella muchas personas inútiles y muy pocas aptas. El resultado sería desastroso.

Mientras los aptos no sean la mayoría y, además, no se encuentre el procedimiento para renovar de un modo constante y regular el profesorado, la escuela no puede ser una institución constante ni regular. Hay que aceptar la irregularidad mientras la regularidad sea mala, y no hay que olvidar que la vida es irregular y sobre todo la vida de un país como el nuestro.

✓ Cerradas las escuelas se necesitaría de tiempo en tiempo, para abrirlas, una revolución. ¿Para qué si podemos evitarla salvando la limitación?

Nos hemos acostumbrado demasiado a no tolerar la menor traba, el más insignificante reglamento. ¿Por qué desear, pues, un reglamento y luego re-

dactado por profesores? Nuestra educación está unida, se ha dicho, a nuestra vida política. La vida política de un país que tiene que resolver innumerables problemas tiene que ser irregular. Vale la pena reconocer este hecho y darle el valor exacto que tiene: condición de nuestra vida.

Aplicación del principio.- Ensayemos aplicar el principio, siquiera sea a grandes rasgos.

Consumada la conquista y durante muchos años, el movimiento político de la Nueva España se explica por la oposición de dos puntos de vista que tienen una influencia marcada en la fundación de las primeras escuelas: el punto de vista oficial, del gobierno, que vió en la Nueva España un país de explotación material, especialmente de sus minas; el punto de vista de los misioneros que consideraban a México como un país de conquista espiritual, y en el que no había que hacer otra cosa que dar a conocer a los indígenas la verdadera religión: la cristiana.

Las escuelas fundadas por los misioneros eran escuelas que se dedicaban a un objeto casi único: impartir las enseñanzas de la religión cristiana. Pero no con el propósito de hacer una propaganda como la que hacen hoy los católicos o los protestantes, en son de lucha, sino más bien para remediar una desgracia del indígena en la que él no tenía la menor culpa. La escuela era una obra pía colocada en el mismo plano que una casa de maternidad o un hospital: servía para remediar y consolar males espirituales.

La escuela como una obra pía es el primer aspecto de la escuela mexicana después de la conquista. Corresponde de un modo fiel al estado político de la Nueva España durante algunos años. El gobierno explotaba ciertamente al indio, de un modo particular en las industrias mineras, lo consideraba como esclavo; lo hacía trabajar casi sin descanso y con una alimentación muy escasa; pero a este afán de explotación desmedida, feroz, se

oponía la actitud de los primeros misioneros que fueron también los primeros maestros: defendían al indio, lo consolaban y todo esto inculcándoles las virtudes cristianas de la humildad, de la fé, de la esperanza.

Sin embargo, la educación no podía detenerse allí y la obra principiada por Fray Pedro de Gante, Las Casas, Motolinía, etc., debería continuar, aún cuando en otro sentido.

Las enseñanzas religiosas cundieron con rapidez y relativamente pronto la conversión al catolicismo se había logrado. La escuela no podía seguir, pues, como una obra pía, sino que de un modo necesario debería continuar hacia adelante. Hizo entonces labor de erudición, de profundidad; pero siempre en la vía religiosa del conocimiento. Se estudiaba teología, apologética y corrientemente se leían los textos de los santos padres. Llegó a estudiarse también derecho canónico. La Real y Pontificia Universidad de Nueva España representa esta obra de erudición religiosa, de aristocracia religiosa, y tal vez los tipos representativos más ilustres de esta corriente social y educativa sean el célebre don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza y la poetisa Sor Juana Inés de la Cruz.

La escuela formadora de aristocracia intelectual en materia de religión fué la segunda época de la escuela mexicana en consonancia con el estado social ya regular, uniforme, de la Nueva España en la que poco a poco se había ido formando, a la par que la escuela, una aristocracia compuesta de condes que daban grandes recepciones y tenían las residencias coloniales que aún se admiran hoy: hermosos edificios en los que habitaban los nobles nuevos.

Pero al lado de esta aristocracia y de esta nobleza había la idea antigua de que México era un país de una riqueza extraordinaria. Era necesario explotarla, no ya de un modo desenfrenado y absurdo, sino de una manera científica y metódica. Se sintió socialmente la necesidad de crear ver-

daderos especialistas que dirigiesen la explotación mercantil de México. Esta idea aconsejaba la formación de escuelas en las que se dejara de enseñar la religión para enseñar la ciencia; pero como el clero era fuerte y, además, la religión católica era oficial y no había habido hasta entonces ningún movimiento de libertad, no se podían enseñar en la escuela sino aquellas ciencias que, cualquiera que fuese el criterio del profesor o el método empleado en su enseñanza, no pudieran crear ideas contrarias a la religión. Casi la única ciencia que está en estas condiciones es la matemática, y por eso la antigua Escuela de Minería es representante de esta época de transición entre la enseñanza religiosa y la enseñanza plenamente científica que vendrá en seguida. Inteligencias muy distinguidas como las de Elhuyar ..... se formaron en la escuela de minería. Esta nueva faz de la escuela mexicana está también en consonancia con un estado social: una vida regular y metódica y, aún puede decirse, de un florecimiento literario y artístico, en que había ya la idea de esfuerzo y de emulación.

La época de independencia se acercaba ya. La organización social era una organización de castas, en la cual los privilegios, las desigualdades, las injusticias y las persecuciones, herían demasiado la atención de aquellos que siendo los verdaderos elementos de trabajo no gozaban sin embargo de él. Algo de la literatura de la revolución francesa llegaba a México. En fin, multitud de circunstancias .....